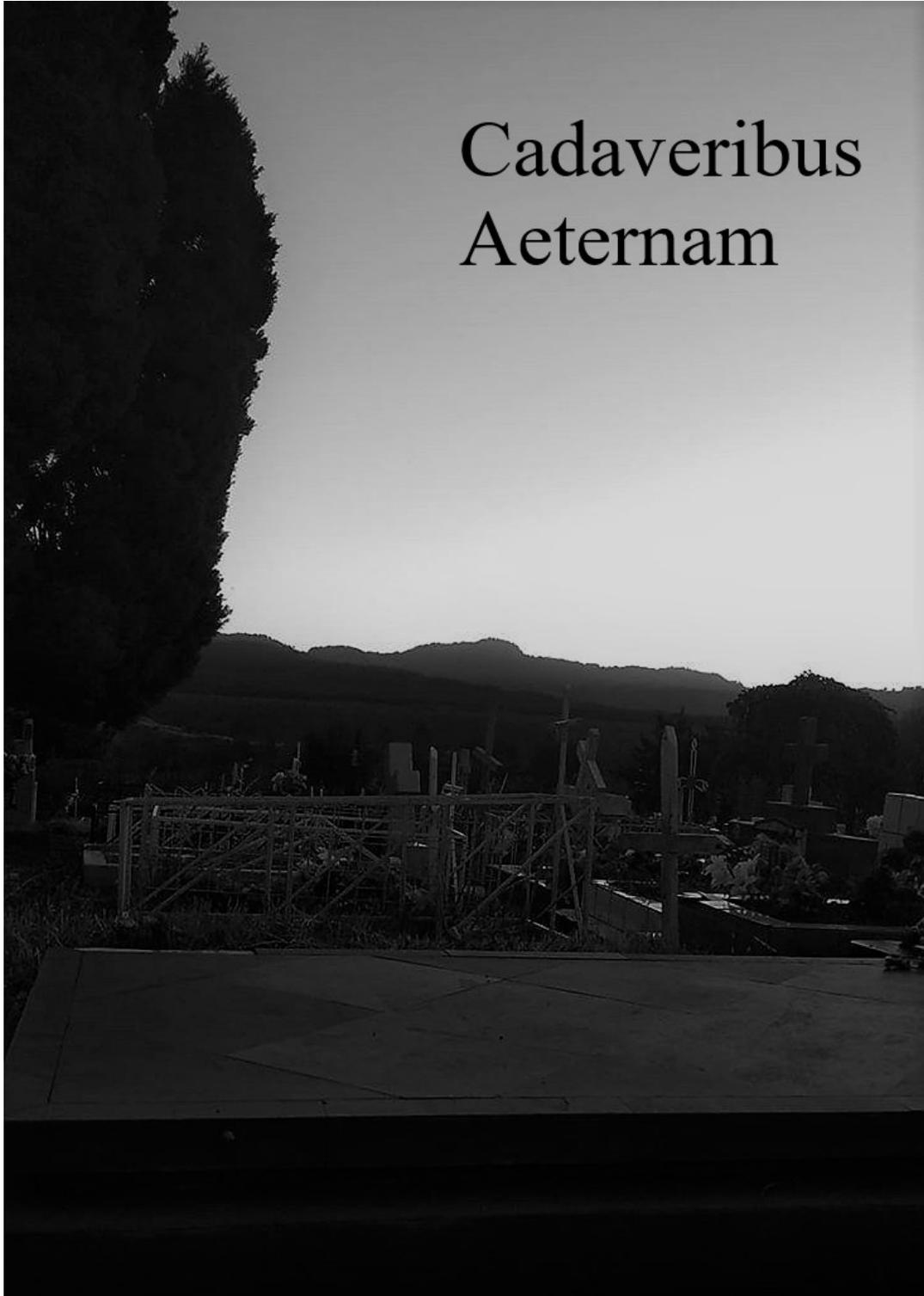


# Cadaveribus Aeternam

Ignacio Verdugo



# Capítulo 1

El luto es sin duda uno de los momentos más dolosos y difíciles de superar, que, aunque aprendamos a vivir con él, el vacío que deja en nuestros corazones jamás nos abandona. La gran mayoría de nosotros debemos vivir aquella instancia al menos una vez en la vida, si es que no estamos solos, o morimos antes de que suceda. Los contextos y circunstancias en los que transcurren pueden sorprendernos sin previo aviso, o también podemos esperarlos con cierta antelación, además de que pueden ser producto de múltiples hechos desafortunados.

Cuando nos enteramos de la ominosa noticia, no la creemos del todo, pensamos con cierta pueril esperanza que, al volver a nuestras casas, o al ir de visita al hogar del recién fallecido, todavía va a estar ahí, esperándonos con sus respectivas características y con todo lo que recordamos de aquel ser que fue tan amado por nosotros. Eventualmente, vamos asimilando que nunca volverá, que nunca veremos de nuevo su rostro, que nunca volveremos a conversar con él o con ella, que, por el resto de nuestra finitud de tiempo, sólo vivirá en nuestros recuerdos. En el momento en el que aparecen los "nunca más esto, nunca más aquello", es que empieza el verdadero duelo. Como dije anteriormente, los contextos de pérdida pueden ser muchos, lo que no mencioné es que estos son cruciales para tolerar de mejor o peor manera que el fallecido no volverá.

Al ser seres tan sensibles y subjetivos, tenemos variada cantidad de formas en las que enfrentar estos silencios de luto; algunos expresan el dolor en lo físico, otros prefieren sufrir dentro de sí mismos. Algunos viven con ello a través de recuerdos felices, otros se quedan estancados en círculos de lamentaciones y lágrimas. No tengo la intención de decirle a nadie cómo vivir aquella etapa tan personal, ni de dar consejos de espiritualidad, o cosas ultraterrenales. No tengo intención de enrostrar mis opiniones acerca del tema a nadie, ni de dar discursos de positivismo barato. Esta introducción sirve para la historia que contaré a continuación, sobre una querida persona que no pudo continuar, cuyo obsesivo dolor la condenó por siempre.

Camila caminaba por las calles en busca de otra de las tantas alternativas que había perseguido durante tanto tiempo, con determinación y entusiasmo. Sin embargo, llevaba años deambulando de aquí para allá infructuosamente, lo que, por supuesto la tenía cansada, amargada y cada vez más desesperanzada sobre su objetivo. En su recorrido, había visitado psíquicas, tarotistas y a muchas otras personas que decían tener poderes especiales con lo que poder contactarse con los muertos, gastando bastas cantidades de dinero, ya que como es sabido, los "espiritualistas" no cobraban nada barato. No obstante, no le preocupaba lo que tuviera que sacrificar con tal de ver a su padre de nuevo, y así tener aunque sea por

una mínima cantidad de tiempo, la oportunidad de abrazarlo y decirle de todo lo que se arrepentía.

Su papá falleció inesperadamente luego de que un conductor ebrio lo atropellaba cuando este volvía del trabajo por la noche. En aquel entonces, Camila tenía veintidós años y cursaba su cuarto año en la carrera de derecho. Se había quedado hasta tarde en la facultad porque al otro día tenía un examen importante y difícil que valía un treinta por ciento de la nota final del ramo de Derecho Civil VI. Se encontraba en la biblioteca de la universidad cuando su madre la llamó por celular para informarla de la noticia y al instante explotó en pánico y terror. Gritaba desconsoladamente, sin aún digerir muy bien lo sucedido, aquella fue una reacción de dolor casi instintiva. Sus compañeros intentaron tranquilizarla en la medida de lo posible y posteriormente la acompañaron al hospital para reconocer el cuerpo junto a su madre. Debido al estado mental de Camila, el médico recomendó que sólo entrara la esposa a verificar que fuera la persona correcta, sin embargo, esta lo rehusó al instante, estaba completamente decidida a ver el estado de su padre, independiente de lo terrible que fuera.

Sobre una camilla yacía el cadáver, tapado con una manta blanca e inmaculada. El médico destapó lentamente el rostro del muerto, mostrando sólo lo necesario para comprobar la identidad del sujeto, ya que el resto del cuerpo parecía una masa insostenible por la gran cantidad de huesos triturados provocado por la potente embestida. A pesar de la enorme contusión que tenía en lado frontal del cráneo, Camila y su madre identificaron al instante a su ser querido, con la rapidez que sólo un familiar podría tener al ver el rostro de aquel con el que compartieron tantos recuerdos maravillosos. Lo que más recuerda de ese momento, fueron los ojos pálidos y perdidos que no abandonaban por ningún segundo la expresión de su padre. En aquel momento su mente colapsó por completo.

Camila permaneció ecuaníme durante el funeral y entierro, con la mirada clavada en todo momento en el ataúd, a pesar de que no podía ver a su padre. Debido al destrozado estado en el que estaba el muerto, decidieron tener tapado el cajón, por respeto al fallecido y a la familia. No obstante, ella lo podía ver muy bien, su imagen estaba clavada en su psique como un mensaje en una tumba.

Nunca volvió a ser la joven dedicada y llena de vitalidad que una vez fue. Abandonó la carrera y a sus amistades para trabajar medio tiempo sólo para no ser una carga de su madre, la cual estaba sobrellevando mejor el dolor del duelo. Los años pasaron y nunca pudo dejar de evocar aquel rostro sin vida. Sentía que le debía tantas cosas, que le faltaron tantas cosas por decirle, que era tan injusto todo lo que había sucedido, pero nada de eso importaba porque nunca volvería a verlo, hasta que pensó

que quizás si podría, acudiendo a métodos no convencionales.

Así es como volvemos al presente, en donde como dejé en claro, Camila se encontraba en una búsqueda obsesiva por otra oportunidad de tener el cariño de su padre. Ojalá hubiera existido alguien que le advirtiera que sus acciones innaturales traerían más desgracia de la que podía imaginar, o bueno, quizás si hubo seres queridos que lo hicieron, pero lamentablemente hay personas que viajan a ciegas a un destino que creen que está escrito y decidido por fuerzas superiores sin escuchar a nada ni a nadie. Quizás aquellas fuerzas superiores son lo que debió temer desde el principio ¿Quién puede realmente comprobar que nuestros dioses son tan benevolentes como creemos?

La dirección que consiguió la llevó a una casa en las afueras de la ciudad, específicamente a una zona periférica que, si bien estaba habitado por casas modestas y humildes, tampoco se podría decir que eran de gente en la pobreza absoluta. La mayoría de las personas en aquellas calles se caracterizaban por pertenecer a la clase obrera, mas no era el caso de la anciana propietaria de la dirección a la que llegó. Era una octogenaria ciega, solitaria y de aspecto cordial que vivía en una pequeña construcción de madera. La casita era de un piso, fuera había un jardín improvisado bastante ordenado y bonito, con algunas flores y plantas que Camila jamás había visto en su vida. Dentro, sólo había dos habitaciones; la primera funcionaba como comedor, cocina y sala de estar, la segunda era el cuarto de la vieja, en donde además de su cama, había una repisa repleta de libros antiguos junto a un pequeño escritorio.

Le contó su problema a la supuesta bruja, la que escuchó con paciencia y completa atención mientras bebía una taza de té. Una vez terminado todos los detalles del relato, la anciana ciega se levantó de la silla y se dirigió a la repisa en busca de un libro en específico. Había algo que no encajaba en el comportamiento de la señora, era que a pesar de ser ciega, se movía con aparente facilidad dentro de la casa, sin la necesidad de recurrir al bastón rojo. Aquella particular característica le daba esperanzas de que esta vez no se tratara de una charlatana hablando sobre temas de los que no tenían idea. Puso sobre la mesa un libro negro y antiguo escrito completamente a mano en una lengua desconocida, en él, sólo había un par de palabras que Camila creía identificar como latín. Leía aquel libro a través del tacto a pesar de que no estaba escrito en braille, y después de un rato de buscar entre las páginas mohosas, la bruja encontró la indicada. Mencionó que había un ritual para invocar a un heraldo del Dios de la Muerte que se llamaba Cadaveribus Aeternam, el cual tenía el poder de funcionar de comunicador entre un vivo y un muerto por un breve periodo de tiempo, sin embargo, le advirtió que si aceptaba, vería cosas horribles que escapaban de la frágil consciencia de la humanidad. Tras pensarlo un momento, Camila aceptó determinada a cualquier cosa, pues el vacío que sentía dentro de ella era más fuerte que

cualquier terror que se le cruzara.

Camila y la bruja fueron al cementerio durante la noche, esta última llevaba en la mano una pequeña caja en donde transportaba las herramientas y químicos necesarios para el ritual. El guardia del cementerio, al ver a la anciana abrió inmediatamente la puerta, con cierta mirada de terror y respeto en su rostro que llamó la atención de Camila. La tumba de su padre lucía pobre, no había ninguna flor decorando la sepultura, cosa que la hizo enojar, nadie más que ella se había preocupado de visitar a su querido familiar. Entonces la bruja, comenzó a combinar ingredientes y químicos en un mortero, luego le pidió a Camila que se cortara la palma de la mano y vertiera la sangre con el resto de la mezcla. Una vez listo la extraña sustancia de aspecto líquido, la anciana esparció, la mitad sobre su propio rostro y el resto sobre la tumba del difunto. Posteriormente se sentó encima de la sepultura y le pidió a Camila que se mantuviera al menos a tres metros de distancia. Le advirtió si estaba segura de continuar por última vez antes de comenzar el ritual, a lo que Camila respondió tajante con un Sí.

La bruja sentada en la tumba comenzó a murmurar palabras ininteligibles mientras alrededor parecía que el viento soplaba más fuerte. Después de unos minutos, la anciana en un acto aberrante y vomitivo, arrancó su propia cabeza como si fuera una muñeca y la puso sobre la superficie. De forma sorprendente, del cuerpo y la cabeza decapitada no salía una sola gota de sangre. Entonces el cráneo de la vieja estalló como un globo y de este emergió un enjambre de moscas enormes que envolvieron su cuerpo. Rápidamente la cantidad de insectos fueron aumentando, provocando un enorme tornado negro de bichos asquerosos, tapando por completo el cuerpo de la bruja. La ventolera gritaba con furia en todo el cementerio, ahuyentando a cualquier esporádico ser vivo que se encontrara por ahí. El guardia a lo lejos, se encerró en su pequeña oficina y dibujó una cruz sobre la puerta para protegerse de la invocación blasfema. Camila yacía paralizada ante el espectáculo de horror que se manifestaba en lo que ya no sabía si era la realidad, o una pesadilla. Entonces las moscas se dispersaron por el cementerio y un olor absolutamente putrefacto y corrupto invadió el entorno, originando que todas las plantas, flores y árboles se pudrieran por completo. El olor era tan intenso y devastador, que Camila tenía que taparse la nariz y respirar por la boca para evitar vomitar. En vez del cuerpo de la bruja, ahora estaba sentado en la posición de un buda sobre la tumba de su padre, un enorme cadáver decapitado en descomposición que debía medir como tres metros y medio, el cual cargaba un recipiente de metal de su mismo porte a sus espaldas. El ritual fue un éxito, "Cadaveribus Aternam" estaba frente a ella en carne y hueso.

Camila sonrió, se levantó y le gritó al ente maligno "¡Quiero ver a mi padre! ¡Dame el privilegio de volver a verlo una vez más!". El heraldo de la muerte al escuchar las palabras de su invocadora, tomó el recipiente en

su espalda y lo puso frente a él, entonces lo abrió, y de este emergió un concierto de gritos de lo más grotesco y desgarrador, un manicomio quedaba corto ante tal muestra de locura. El objeto de metal estaba repleto de cabezas humanas vivas que gritaban, lloraban y sollozaban sin descanso. Los ojos de estas tenían algo en particular, en estos, había un brillo oscuro inapagable, que les mostraba visiones desconocidas hasta ese entonces para Camila. El ente metió su mano en el recipiente, y como un niño buscando un juguete, revolvió las cabezas hasta encontrar la de su padre. Cuando por fin la tuvo en sus manos, el monstruo la puso sobre su cuello vacío, entonces los ojos del hombre revivieron, con el azul característico que Camila recordaba muy bien. Se sentía decepcionada, ella creía que lo vería tal y como era antes, no sólo su cabeza sobre aquel ente asqueroso con aspecto de zombie, sin duda era una blasfemia horripilante.

Antes de que Camila le dirigiese la palabra, su padre la interrumpió con una expresión de ira y odio en su rostro, y le dijo con furia "¡Nos condenaste a todos niña estúpida! ¡Un cadáver debería ser dejado descansar en paz! ¡Desde ahora hasta el infinito moriremos eternamente en un bucle sin fin!". Entonces, tan rápido como puso la cabeza del hombre sobre su cuello vacío, el ente la retiró y la guardó en su cofre de trofeos. Posteriormente, alargó su enorme y escuálido brazo para tomar con su mano la cabeza de Camila, la cual arrancó en un simple movimiento y la almacenó junto al resto. El ritual había acabado. Las moscas volvieron, envolviendo nuevamente todo en un tornado y pasado unos segundos, la bruja estaba devuelta sentada sobre la tumba, con su cabeza intacta. Se levantó, y sin decir una palabra, se retiró del cementerio, caminando lentamente acompañada de la oscuridad de la noche.

¿Qué paso con Camila? Como predijo su padre, fue condenada junto a él a una maldición eterna. En el brillo de sus ojos veía y vivía su propia muerte de todas las formas habidas y por haber; enferma, asesinada, en accidentes. Todo en un doloroso y desgraciado bucle sin fin.